

# Identidad y Misión de la Iglesia hoy

De la *Lumen gentium* a la *Evangelii gaudium*

**Sebastià Taltavull Anglada**  
*Obispo Auxiliar de Barcelona*

Vivimos años de post-concilio, años de cambio, años de gozo, también de dificultades y temores, pero años que no han renunciado a la ilusión y la esperanza. Cinco décadas para ayudar a una Iglesia que profundiza en su identidad y su misión, una Iglesia corresponsable i samaritana que sea encarnación, a través de sus miembros, de Jesús, Buen Pastor. Ésta es su opción pastoral. Una Iglesia al servicio del Evangelio y de los hombres y mujeres de nuestro siempre que todo aquello que es verdaderamente humano resuene en su corazón.

Una Iglesia que ha vivido en poco tiempo grandes cambios, quizá los más acelerados de la historia. Pero con algo muy especial que ha marcado la segunda mitad del siglo XX: un espíritu conciliar que nos ha acompañado siempre, al menos a los que hemos vivido estos cincuenta años, el espíritu que ha impulsado e ilusionado nuestro trabajo pastoral por una Iglesia en diálogo con el mundo y a su servicio, como nos pide Jesús en todo momento.

Una Iglesia que ha dado pastores santos, Juan XXIII y Juan Pablo II, y un Pastor como Pablo VI, que asume, promueve y clausura el Concilio Vaticano II. Un Pastor y teólogo como Benedicto XVI, con su sabia y meditada renuncia a la Sede de Pedro, y dar paso mediante el cónclave al papa Francisco.

Una Iglesia que nos está dejando un Magisterio impresionante e incisivo en la vida de las comunidades cristianas y en la de la sociedad, ya que es una Iglesia no sólo encarnada en la sociedad, sino que existe para ella y anunciarle el Evangelio. Destacaría los documentos conciliares, especialmente para lo que nos ocupa hoy, las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, la encíclica *Redemptoris missio*, y la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*.

Tenéis previsto para el próximo ejercicio **«profundizar sobre la comunión fraternal interna en Profesionales Cristianos y en la Iglesia»**.

Se trata de «profundizar –decís– sobre la Iglesia que somos, sobre la Iglesia que se nos pide desde el Concilio Vaticano II, relejendo la *Lumen gentium*, para ver donde estamos y que camino tenemos que recorrer». De hecho se trata de trazar un camino pastoral que queréis recorrer como Profesionales Cristianos. Así lo he leído en vuestra propia definición:

*«Somos profesionales cristianos que queremos responder a lo que nos pide el Evangelio y la Iglesia: ser levadura en medio de nuestro mundo, testigos de la transformación de las realidades colectivas, y palabra evangelizadora. Todo ello lo verificamos en pequeños grupos de revisión de vida, coordinados con otros grupos de Iglesia para ser una voz de Iglesia que va descubriendo el paso de Dios por la vida ordinaria de cada día y lo celebramos en nuestros encuentros, asambleas y jornadas de estudio»*.

## 1. Sentido de pertenencia y opción militante

En la militancia cristiana subyace una visión de Iglesia que no es externa a sus componentes, sino que se reconocen implicados en ella por un fuerte sentido de pertenencia. Hemos de tener en cuenta que la pertenencia es un componente necesario para hablar de **identidad** y ésta es imprescindible que clarificar la **misión**, un requisito para la salud psíquica y la adaptación social, un antídoto contra el individualismo dominante.

El compromiso sólo es posible desde un sentido sólido de pertenencia; si no es así, se siente fuertemente debilitado y puesto en entredicho. Pensemos en nuestro sentido de pertenencia familiar, social y eclesial y los consiguientes compromisos o falta de compromisos que conlleva. Pertenencia a la Iglesia y pertenencia al Movimiento de Profesionales cristianos han de cristalizar en una misma opción, la opción de militancia cristiana, siendo el Movimiento una concreción, una forma de ser Iglesia, como si dijera «*vivo la Iglesia en movimiento*», lo digo como expresión dinámica, en acción, no una Iglesia anquilosada, parada, en retirada. Identidad y misión, unidas existencialmente en una única dirección.

Entre nosotros y a través del Concilio Provincial Tarraconense, la Iglesia anima a los Profesionales cristianos a vivir a fondo su identidad y misión, y a tener «*el gozo y la responsabilidad de hacer llegar el mensaje de Jesús a toda la sociedad, integrada por personas y grupos muy diversos, que tienen actitudes y niveles muy diferentes de fe y cultura*» (CPT 1,1P). Por eso, -dice- «*queremos amar la sociedad actual porque es la nuestra y porque en ella, los hombres y mujeres de buena voluntad procuran descubrir la verdad y el bien*» (CPT 1,1b). La Iglesia (el CPT) reconoce que «*la participación del laicado en la misión evangelizadora de la Iglesia es una de las prioridades y uno de los retos más importantes de la Iglesia contemporánea*» (CPT 25). Queremos «*anunciar a Cristo a aquellos que no le conocen*» (CPT 1,1d) y lo queremos hacer en una comunidad «*capaz de relación y diálogo con la gente que desconoce a Cristo*» (CPT 1,1d).

Todo esto nos lleva a plantear los dos aspectos propuestos para esta reflexión y que tienen que ser tema de estudio en el próximo ejercicio, y como ya se ha dicho al principio, sobre «la comunión fraternal interna en Profesionales Cristianos y en la Iglesia». Permitidme, sin embargo, que diga una vez más que no se trata de dos realidades separadas y que caminan en paralelo, sino que se implican mutuamente y una es expresión madura de la otra.

Junto a la identidad y la misión concretadas en el Movimiento de Profesionales Cristianos, hay que tener presente unas finalidades:

1. El crecimiento de la vida de fe de sus miembros, teniendo en cuenta como referente básico a Jesucristo y su Evangelio, vividos en comunión de Iglesia.
2. La evangelización realizada a través del compromiso transformador y en el medio al cual pertenecemos, especialmente el de las respectivas profesiones.
3. La práctica como la Revisión de Vida como teología, espiritualidad y metodología.

Si digo todo esto es para no partir de 0, sino de la realidad concreta de un Movimiento de Iglesia en cuyos senderos se camina. En el plan de prioridades del Movimiento de Profesionales Cristianos de Barcelona (2011-2013) consta la realidad de ser, en palabras de Benedicto XVI, una «minoría creativa» y, en este sentido hay unos elementos a destacar y que se detallan en las líneas estratégicas y actuaciones a llevar a término: 1) *Presencia pública*. 2) *Vivir el propio carisma*. 3) *Ser un movimiento propositivo*. 4) *Revisión de vida* (método y espíritu) y 5) *Explorar nuevas vías de evangelización*.

## 2. Identidad y misión de la Iglesia hoy, un estilo pastoral

Quiero contemplar la **identidad** y la **misión** de la Iglesia hoy desde su dimensión pastoral. Tema de fondo de los textos del *Concilio Vaticano II* (1962-1965) y de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del papa Francisco (24-XI-2013), con el trasfondo de dos documentos importantes como la *Evangelii nuntiandi* y la *Ecclesiam suam* de Pablo VI, por un lado y la *Redemptoris missio* de Juan Pablo II, por el otro. Sobre todo, no hay que olvidar, en este momento, la influencia decisiva de *Aparecida* en todo el pensamiento que nos está ofreciendo el papa Francisco en su vertiente declaradamente pastoral.

La pastoral de la Iglesia siempre se ha orientado a hacer posible la comunión fraternal interna entre todos sus miembros, con la finalidad de vivir una profunda amistad entre ellos y desde Cristo. Es lo que os proponéis vivir, pero hay que hacer el esfuerzo de encarnarlo en la propia vida y en las relaciones humanas y eclesiales que se dan en el Movimiento de Profesionales Cristianos y fuera de él.

Siempre he creído que **la pastoral**, cuando encarna el estilo de Jesús, el Buen Pastor (de ahí el nombre de *pastoral*, **nos hace amigos**, ya que Él nos llamó así, sus amigos. Más aún si creemos que esta tarea evangelizadora nos lleva a ofrecer amistad, cercanía, ternura, misericordia, disponibilidad y espíritu de servicio. «*Vosotros sois mis amigos*» (Jn 15,14). «*No he venido a que me sirvan, sino a servir y a dar la vida*» (cf. Mc 10,45), que esta es la mayor demostración de que uno ama, tal como lo dice y lo hace Jesús. Si el Maestro es así, *¿cómo no tiene que intentar ser así una Iglesia formada por sus discípulos misioneros?*

El Papa Francisco lo explica con estas palabras: «*si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros».* Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: «*¡Hemos encontrado al Mesías!*» (Jn 1,41)» (EG 120).

**Será este encuentro con Cristo la fuente que dé vida a toda acción pastoral.** Y es «*sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, —dice el Papa Francisco— que se convierte en **feliz amistad**, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos*

*cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?» (EG 8). He ahí la condición de la evangelización: dar lo que hemos recibido. Si la Iglesia existe es para evangelizar (Pablo VI, EN).*

**Conciencia aislada y autoreferencialidad** es todo lo contrario de una **Iglesia en salida, servicial y corresponsable**, en la que el pensar en el otro, en los demás constituye uno de los ejes básicos de la espiritualidad de comunión, tal como la diseñó **Juan Pablo II** como algo necesario antes de programar o poner en marcha cualquier tipo de iniciativa pastoral. Pensar, decía él, que el otro es un don para mí y que mi vida tiene esta referencia que está enraizada en el amor de Dios, cuya mirada es la que yo he de proyectar sobre mi prójimo hasta ver en él una imagen de Dios, fundamento de su dignidad humana.

Cuando el **Papa Francisco** es capaz de decir que *«también el papado y las estructuras centrales de la Iglesia universal necesitan escuchar la llamada a una **conversión pastoral**», nos está urgiendo a un cambio de mentalidad y nos lanza a una pastoral en clave de misión que nos ayude a abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así» (EG 33).*

**Conciencia aislada y autoreferencialidad** es todo lo contrario de decir que **«lo importante es no caminar solos»** (EG 33). Una opción pastoral por la **sinodalidad** (caminar juntos). Cuando en el capítulo primero de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* se refiere a la transformación misionera de la Iglesia, habla de una **«Iglesia en salida»** ya que es en la Palabra de Dios donde aparece permanentemente este dinamismo de **«salida»** que Dios quiere provocar en los creyentes. Un Iglesia servicial tiene que salir de sí misma, de su aislamiento, de su autoreferencialidad y *«salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a las periferias que necesitan la luz del Evangelio»* (EG 20). La alegría del Evangelio no proviene de la autocontemplación ni de la autosatisfacción, sino que –dirá– es una **«alegría misionera»**, lo cual significa creer que *«la Palabra de Dios tiene en sí una potencialidad que no podemos predecir. El Evangelio habla de una semilla que, una vez sembrada, crece por sí sola también cuando el agricultor duerme (cf. Mc 4,26-29). La Iglesia debe aceptar esa libertad inaferrable de la Palabra, que es eficaz a su manera y que, de formas muy diversas, suelen superar nuestras previsiones y romper nuestros esquemas»* (EG 22).

Caminar hacia una Iglesia, tal como la diseña el Vaticano II en su Constitución dogmática *Lumen gentium*, una Iglesia servicial y corresponsable, es haber tomado una **decisión adulta**, hecha por personas maduras que no esperan que se les den las cosas hechas, sino que usan la creatividad y buscan siempre nuevas respuestas a las nuevas preguntas que se les plantean. Es por este motivo que el **Papa Francisco** habla de una **«impostergable renovación eclesial»**.

Me permito, por su importancia en este sentido, citar el n. 27 de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*: *«Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige*

la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, «toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial» (EG 27).

Por eso, nada de conciencia aislada, nada de autoreferencialidad, nada de introversión eclesial. Todo esto enferma. La **lección de humildad** de Juan el Bautista puede ser una máxima a tenerla siempre presente en nuestra pastoral: «**conviene que Jesús crezca y que yo disminuya**» (cf. Jn 3,30). **Su identidad es Jesús y su misión consiste en anunciarlo** (identidad y misión). No vivimos de ninguna exclusiva ni nos hemos de pelear por ninguna patente. Todo es suyo. Nuestro defecto, con frecuencia, es creernos poseedores de estilos pastorales, de iniciativas, de logros, cuando en realidad lo más importante no son nuestros triunfos ni éxitos, sino que el reino de Dios sea anunciado y gozado.

Como *Iglesia servicial* hemos de aprender de Jesús que huyó siempre de los aplausos y reconocimientos públicos y optó por ser semilla escondida en el acontecer diario y, «como comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y éstas escuchan su voz. Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a «acompañar». Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites. Fiel al don del Señor, también sabe «fructificar». La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda. (cf. EG 24).

**El campo** para realizar esta Iglesia servicial y corresponsable, tal como lo presenta la *Lumen gentium*, **es el mismo Pueblo de Dios**, presente en la *Iglesia particular*, en las *parroquias*, en las otras *instituciones eclesiales* (cf. EG 28-30). Y toda la sociedad en la que la Iglesia se encarna, y lo hace con una **sensibilidad especial hacia los más pobres**. Con ello, estamos ante un elemento constitutivo de la **identidad de la Iglesia** y que, quizá hoy más que nunca, está mostrando y demostrando el sentido, la fuerza y la urgencia de su **misión como Iglesia**.

En este sentido, el pontificado del papa Francisco viene proyectado por una experiencia que el mismo relata a los 6.000 periodistas dos días después de su elección.

«Algunos no sabían por qué el Obispo de Roma ha querido llamarse Francisco. Algunos pensaban en Francisco Javier, en Francisco de Sales, también en Francisco de Asís. Les contaré la historia. Durante las elecciones, tenía al lado al arzobispo emérito de San Pablo, y también prefecto emérito de la Congregación para el clero, el cardenal Claudio Hummes: un gran amigo, un gran amigo. Cuando la cosa se ponía un poco peligrosa, él me confortaba. Y cuando los votos subieron a los dos tercios, hubo el acostumbrado aplauso, porque había sido elegido. Y él me abrazó, me besó, y me dijo: «No te olvides de los pobres». Y esta palabra ha entrado

aquí: los pobres, los pobres. De inmediato, en relación con los pobres, he pensado en Francisco de Asís. Después he pensado en las guerras, mientras proseguía el escrutinio hasta terminar todos los votos. Y Francisco es el hombre de la paz. Y así, el nombre ha entrado en mi corazón: Francisco de Asís. Para mí es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación; en este momento, también nosotros mantenemos con la creación una relación no tan buena, ¿no? Es el hombre que nos da este espíritu de paz, el hombre pobre... ¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!»

El tema de la *pobreza* y de los *pobres* es también **dimensión constitutiva de la identidad y de la misión de la Iglesia**. El papa Francisco le dedica todo el capítulo III de la *Evangelii gaudium*, a la vez que muchos párrafos anteriores ya lo está anunciando y concretando.

### 3. Conversión pastoral y misionera

Y todo ello, como expresión o incluso resultado de una *pastoral en conversión*. Dice el Papa Francisco: «espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una **conversión pastoral y misionera**, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una «*simple administración*». Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un «estado permanente de misión» (EG 25).

Yendo al núcleo del Evangelio y a una pregunta que Jesús formula a sus discípulos podemos ver que nos está pidiendo para caminar hacia una Iglesia servicial y corresponsable. Pienso que tiene que ser una *Iglesia humilde* y, al mismo tiempo, una *Iglesia que genere confianza* a su alrededor y hacia sus interlocutores, cercanos o lejanos. No hay nada peor que el orgullo y la desconfianza. Por desgracia, los asientos del poder constituyen para muchos su mayor aspiración.

Jesús nos conoce, como conocía muy bien las aspiraciones de sus más inmediatos colaboradores. Por ello, quiere prevenirles de una tentación que los tendrá maniatados toda la vida hasta que el Espíritu transforme su capacidad de ser libres. Sin embargo, Jesús les atiende, les observa, les escucha e incluso les comprende. Dice el Evangelio que «se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, y se prostró como para pedirle algo. Él le dijo: ¿Qué quieres? Dícele ella: Manda que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu Reino. Replicó Jesús: No sabéis lo que pedís. **¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?** Dícenle: Sí, podemos» (Mt 20,20-22)

A las discusiones que acaparan la mayoría del tiempo, Jesús interpone una pregunta que toca la raíz de nuestra decisión por él. Haciéndose portavoces, Santiago y Juan le piden esto a Jesús: «**concédenos sentarnos contigo en la gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda**» (Mc 10,37) La preocupación que subyace, y que es fuente de discusión constante son los primeros lugares y, el resultado, la envidia que esto provoca. Con la misma visión, ha sido también la súplica de una madre que quiere «lo mejor» para sus hijos, tal como nos lo explica Mateo: «**manda que estos dos hijos míos se sienten en tu Reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda**» (Mt 20,21) Los

otros diez, al oírlo, se indignaron contra los dos hermanos. A veces, en ciertos protocolos de nuestras instituciones e incluso en ceremonias hemos presenciado discusiones por el afán de ocupar los primeros puestos o discutir quién tiene que ser el primero y quién el último, y, además de dar un mal ejemplo, hemos hecho el ridículo. Todo lo contrario de una Iglesia dispuesta a servir con humildad, ya que Jesús dice con fuerza: «**¡entre vosotros no tiene que ser así!**» (Mt 20,26).

La distinción de favor que piden no entra en los planes de Jesús. Piden lugares de honor y de gobierno que dejan entrever las aspiraciones políticas propias de los que intuyen la oportunidad de participar en la constitución de un reino de este mundo, alimentado por ansias de triunfo. Jesús les dirá claramente: «**¡entre vosotros no ha de ser así!**» y centrará toda su atención en la realidad del *trago amargo* que le espera: la *cruz*. Por eso, sólo les pide una cosa: «**¿estáis dispuestos a pasar por este trago?**», es decir: *¿podéis beber la copa que yo he de beber?* Marcos añade: *¿podéis ser bautizados con el bautismo con que yo seré bautizado?* La respuesta no se deja esperar y es del todo espontánea: «**¡Sí, podemos!**».

No obstante, la tentación de persistir en alejar de nosotros la copa que se nos ofrece es constante e insistente. La tentación del prestigio y del poder aparece sin apenas darnos cuenta y de las formas más variadas y sutiles. Ya el Papa Benedicto XVI advirtió a los candidatos al sacerdocio en el momento de su ordenación que tenían que renunciar a esta tentación, y el Papa Francisco lo ha repetido en numerosas ocasiones.

Cuando Jesús les ha dicho desde el principio «**¡no sabéis qué pedís!**», pone de relieve su *ignorancia* en relación con la misión, difícil de aceptar por las consecuencias que tendrá para ellos. No saben lo que piden, pero se deciden a seguirle. Él les había instruido sobre su destino y no les ocultaba el desconcierto que manifestaba su oposición. Les decía: «**Grabad estas palabras en vuestros corazones: el Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres...**» (Lc 9,44-45) «**le matarán; pero, una vez muerto, al cabo de tres días resucitará**» (Mc 9,30-32).

Mateo matiza de donde viene la persecución, y pone en evidencia la reacción de Pedro junto con la respuesta que merece de parte de Jesús: «...comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: «**¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!**» (Mt 16,22) Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «**Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!**» (Mt 16,23).

#### **4. La implicación incómoda de la cruz**

Se trata de la implicación incómoda de la cruz. La corrección es evidente y la novedad que propone indica un camino humanamente muy difícil de emprender, el de la *cruz*. Es precisamente el camino que los apóstoles no entienden en absoluto y que Pedro quiere eliminar del todo. Jesús tendrá que decirle –¿quién sabe?– las palabras más duras que aparecen en el Evangelio: «**¡vete de aquí, Satanás! Quieres hacerme caer**». Ni la escalada de los primeros puestos ni la envidia que contiene son propias del estilo de Jesús. Por eso dirá: «**si alguien quiere ser el primero, que se haga el último de todos y**

*el servidor de todos» (Mc 9,35). He aquí la definición de la visión cristiana de la autoridad: un servicio no unido a los honores, sino a la **cruz**. La misma dificultad de los apóstoles y de Pedro la tienen los *primeros cristianos* cuando la falta de madurez les lleva a celos y a desavenencias, dividiéndose entre ellos por no tener claro a quien siguen.*

Nuestro tiempo sigue sufriendo el mismo déficit a la vez que se insiste en la necesidad de una *formación humana y cristiana* a todos los niveles que capacite para ser personas maduras y en la Iglesia se tenga **conciencia de corresponsabilidad**. Preferir leche toda la vida y no alimento sólido no nos está ayudando en la edificación de comunidades cristianas adultas, mucho más cuando la necesidad nos obliga hoy a enfrentarnos con situaciones que no pueden resolverse sólo con buena voluntad, sino que requieren firmeza y buena preparación. Lo más grave es si a este *déficit* de formación y de madurez en la fe se le añaden los *celos* y las *desavenencias*, fruto de hacer de cada comunidad o de cada dirigente un absoluto. Unos afirman «yo soy de Pablo», otros «yo de Apolo»... y Pablo les dirá: ***«¿no quiere decir eso que vivís de manera puramente humana? ¿Qué es, pues, Apolo? ¿Qué es Pablo? ¡Servidores, por medio de los cuales habéis creído! y cada uno según el don del Señor. Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien hizo crecer» (1Co 3,4-6).***

Vivir de preferencias personales o de atribuciones excluyentes empobrece mucho nuestras comunidades, porque pierden la referencia fundamental que es Cristo; entonces, las relaciones personales están a merced de favoritismos, de gustos personales, de competitividad, y lo único que importa es el prestigio acumulado, la superioridad de unos sobre otros, los éxitos de los dirigentes o de los grupos que imponen como únicamente válida su actuación. Rezar por la unidad de la Iglesia implica comenzar a hacerla realidad entre nosotros.

El resultado no se hace esperar y tiene estas **manifestaciones tan contrarias al Evangelio**: comunidades y grupos enfrentados por cuestiones ideológicas; personas ridiculizadas o poco reconocidas unas y exaltadas otras a causa de diferentes formas de actuar y maneras de pensar; incoherencias verbales y de hecho que son punto de discordia por estar siempre en tensión con el otro; prejuicios nunca superados y siempre puestos a plena luz como si fuera ya imposible el perdón y la reconciliación; envidias históricas y celos personales que indican una falta de madurez y de aceptación de la propia realidad; reacciones infantiles o adolescentes propias de una personalidad no integrada, dispersa o enfermiza.

De nuevo hay que decirlo: ***«¡que no sea así entre vosotros!»*** Jesús quiere hacernos ver que **para ser una Iglesia servicial hemos de creer que la debilidad de la cruz es nuestra fuerza**. Fijémonos en la convicción de Pablo: ***«nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la locura divina es más sabia que los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que los hombres» (1Co 1,23-25).***

**Incomprensible misterio desde una mentalidad que no acepta la intervención de Dios en la historia humana.** Incomprensible misterio para quien se resiste a morir. La Vida aparece en el núcleo más dramático de esta muerte como el fruto que nace del grano de trigo que se ha podrido en el corazón de la tierra. Son



palabras de Jesús: «*Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto*» (Jn 12,23-24). Palabras que nos mueven a la confianza y llenan de esperanza y de alegría la existencia.

Sabemos bien que **la cruz, cuando es cruz, no está hecha a la medida de nadie**. Y la cruz de Jesús no es sólo la obra de sus contemporáneos. Lo es de los *hombres y mujeres de todos los tiempos*. Es la cruz que no está hecha a la medida de nadie, ni a la suya ni a la nuestra. Es la cruz cargada injustamente sobre las personas y que se obliga a llevar hasta el último momento. La cruz que se carga sobre nuevas víctimas inocentes en el caminar de cada día; las víctimas de la injusticia, del terrorismo, del aborto, de la especulación, de la corrupción, de la violencia, del narcotráfico, de la crítica negativa, de la insolidaridad, de cualquier abuso de poder, de agresión personal y de exclusión social.

**La cruz que cargaron sobre Jesús es la misma que cargan hoy los países ricos sobre los países pobres** cuando, aprovechándose de la *riqueza material* de unos y sirviéndose de la *pobreza extrema* que sufren los otros, no tienen ningún escrúpulo en seguir pensando que las desigualdades siempre estarán. Las necesidades artificiales y el escandaloso gasto de unos se convierte en una cruz pesada sobre el cuerpo llagado de quien ya no tiene fuerzas para hablar ni para mantenerse en pie. Con la misma serenidad llevan la cruz de Jesús **los enfermos**, que son para nosotros un testimonio vivo de Cristo, Señor de la Vida. En medio del dolor y de todos los impedimentos físicos y psíquicos, comunican la paz del Evangelio hecho vida en la propia vida, y hace que nos demos darnos cuenta de que la fe cristiana no se enmarca en los parámetros de una ideología más ni en los de una mentalidad cerrada que no ve más allá de sus esquemas, sino que es fortaleza y esperanza sin límite.

Contemplando la cruz de Jesús, desde la pregunta que nos hace también a nosotros de «si podemos beber su copa», **contemplamos todo lo que en ella está clavado con él**. Que no nos traicionen los sentimientos reduciendo nuestra respuesta a una contemplación pasiva. Más bien, nos pide que *descarguemos* todo lo que está clavado en ella y que ha sido y sigue siendo obra nuestra. No tenemos derecho a añadir más sufrimiento. Pero también, *besémosla* y *pongamos la frente* sobre ella, cargándola con todo aquello que queremos que sea transformado y salvado, pensando con fe que de esta cruz en la que cuelga Jesús muerto, Dios, el Padre ha hecho surgir la Vida, Cristo Resucitado.

Por todo ello, **el camino identitario hacia una Iglesia servicial tiene sentido y está bien oprientado si se hace desde la cruz**, nunca desde el engaño del orgullo, del prestigio y del poder. En este sentido, el Papa Francisco nos advierte de las **tentaciones a las que estamos expuestos los agentes pastorales**, y que impiden el ejercicio de una Iglesia toda ella al servicio de los hombres y mujeres de hoy. Por ello proclama un «SÍ» decidido al desafío de una espiritualidad misionera (EG 78-80), un «sí» decidido a las relaciones nuevas que genera Jesucristo (EG 87-92), y un «NO» a la acedia egoísta (EG 81-83), un «no» al pesimismo estéril (EG 84-86), un «no» a la mundanidad espiritual (EG 93-97), un «no» a la guerra entre nosotros.

Es impresionante como el Papa Francisco nos está animando desde los **cimientos más firmes de la fe** hacia una **pastoral de gestos concretos** propios de una Iglesia que mira con amor a las personas y trata de influir en unas instituciones que tienen que ser transparentes, limpias y generadoras de confianza. Me impresiona la llamada que, desde una crítica hecha con el corazón, hace hacia los agentes de pastoral. Como si nos dijera lo mismo de Jesús dijo a sus discípulos después de lavarles los pies: *Me habéis entendido? ¿Habéis entendido lo que acabo de hacer con vosotros?*

Dice el Papa Francisco: «Se desarrolla en los agentes pastorales, más allá del estilo espiritual o la línea de pensamiento que puedan tener, **un relativismo todavía más peligroso que el doctrinal**. Tiene que ver con las opciones más profundas y sinceras que determinan una forma de vida. Este relativismo práctico es actuar como si Dios no existiera, decidir como si los pobres no existieran, soñar como si los demás no existieran, trabajar como si quienes no recibieron el anuncio no existieran. Llama la atención que aun quienes aparentemente poseen sólidas convicciones doctrinales y espirituales suelen caer en un estilo de vida que los lleva a aferrarse a seguridades económicas, o a espacios de poder y de gloria humana que se procuran por cualquier medio, en lugar de dar la vida por los demás en la misión. ¡No nos dejemos robar el entusiasmo misionero!» (EG 80).

Una **Iglesia con identidad y consciente de su misión** no se deja robar el Evangelio por lo que el Papa Francisco llama la «*mundanidad espiritual que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal*» (EG 93), todo lo contrario de una espiritualidad misionera y una opción por las nuevas relaciones que genera Jesucristo. Y dice: «*Quien ha caído en esta mundanidad mira de arriba y de lejos, rechaza la profecía de los hermanos, descalifica a quien lo cuestione, destaca constantemente los errores ajenos y se obsesiona por la apariencia. Ha replegado la referencia del corazón al horizonte cerrado de su inmanencia y sus intereses y, como consecuencia de esto, no aprende de sus pecados ni está auténticamente abierto al perdón. Es una tremenda corrupción con apariencia de bien. Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!*» (EG 97).

## **5. La Iglesia que propone el Vaticano II y que actualiza el Papa Francisco**

El papa Francisco está completando lo que le falta realizar del Vaticano II. El vuelco se da hacia una eclesiología de la misión. Una especie de **Iglesia misiocéntrica, centrada en Jesús por la misión recibida del Padre**. Es decir, la identidad proviene de la misión. *Lumen gentium* completada por *Evangelii gaudium*, en el sentido de que es una Iglesia que nos viene anunciada desde el sur. El primer papa que viene del sur, ordenado sacerdote después del Concilio Vaticano II, obispo de una de la macrourbes cuya población es de 13 millones y envuelta en un sinfín de periferias esparcidas en toda su geografía como círculos concéntricos. Su experiencia se une a una Iglesia que mira la realidad mundial desde los pueblos pobres y lo pobres de los pueblos. En los

últimos 100 años se ha invertido la composición de la Iglesia católica: en 1910 el 70% de los católicos bautizados vivía en el hemisferio norte; en 2010 el 32%. Hoy, 2014, el 68% de los católicos viven en los continentes del sur: América latina 39%, África 16%, Asia 12% y Oceanía 1%.

**Evangelii gaudium se concentra en el anuncio del Evangelio.** Su proyecto puede resumirse en dos frases: 1) *sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo* (EG 27) y 2) *la salida misionera es el paradigma de toda la Iglesia* (íbid). El corazón místico de esta nueva etapa pastoral está en la alegría de evangelizar: «*La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años*» (EG 1).

Se nos está pidiendo **caminar hacia una Iglesia corresponsable.** *Responsabilidad y corresponsabilidad* son dos términos que se incluyen el uno al otro y se complementan como de causa a efecto. Ser responsable es «dar respuesta» a una demanda, a un problema, a una pregunta, es comprometerse a implicarse en aquello sobre lo que es preguntado y, en la medida en que se siente concernido, responde. Ser corresponsable y hablar de una Iglesia corresponsable es añadir algo más y algo que es esencial porque expresa no sólo una implicación personal, sino colectiva, comunitaria y forma parte de lo esencial de ser Iglesia. En este sentido todos estamos implicados en la respuesta. Nos implicamos mutuamente.

En la entrevista que el periodista de *La Repubblica*, Eugenio Scalfari hizo el 1 de octubre al papa Francisco pone de relieve el mismo planteamiento que el Papa le hace: «*los males más graves que afligen actualmente la humanidad son el paro de los jóvenes y la soledad en la que quedan abandonados los ancianos. Éstos necesitan atenciones y compañía; los jóvenes, trabajo y esperanza, pero no encuentran ni una cosa ni la otra, y la pena es que ya ni lo buscan. Han sido aplastados en el presente. Dígame: ¿es que se puede vivir aplastado en el presente? ¿Sin memoria del pasado y sin el deseo de avanzar hacia el futuro construyendo, un proyecto, un mañana, una familia? ¿Es posible continuar así? Esto es, para mí, el problema más urgente con el que se encuentra la Iglesia*».

«Santidad –le dice el periodista– le digo que este es un problema sobretodo político y económico, que corresponde a los estados, a, los gobiernos, a los partidos y a las asociaciones sindicales». Y responde el Papa Francisco: «*Cierto, tiene razón, pero también corresponde a la Iglesia, y aún diría que sobretodo a la Iglesia, porque esta situación no hiere sólo a los cuerpos sino también a los espíritus. La Iglesia se ha de sentir responsable tanto de los espíritus como de los cuerpos*».

«Santidad, usted dice que la Iglesia ha de sentirse responsable. ¿He de deducir que la Iglesia no es consciente de aquel problema y que usted la incita hacia aquella dirección?». Y el Papa responde: «*En una gran medida aquella conciencia existe, pero no suficientemente. Yo deseo que lo sea más. No es el único problema al que hay que hacer frente, pero es el más urgente y el más dramático*».

Estamos ante la presentación de una Iglesia en la que —como dice el Concilio Vaticano II (GS 1)— todo lo que es verdaderamente humano resuena en su corazón (alegrías y esperanzas, tristezas y angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo). El mismo Concilio Vaticano II ha marcado con fuerza su sentido pastoral y la responsabilidad y corresponsabilidad que de él se deduce. La eclesiología de comunión nos está implicando a todos y es reforzada por la manera como el Concilio, en la *Lumen gentium*, ha definido la Iglesia como **Pueblo de Dios**, como **Cuerpo de Cristo**, como **Templo del Espíritu**. Y es, en la vivencia de esta corresponsabilidad que «*los Pastores, siguiendo el ejemplo el Señor, nos ponemos al servicio los unos de los otros y al de todos los fieles*» (LG 32). A este respecto, el mismo texto conciliar, pone la base para que se entienda bien este sentido de corresponsabilidad: «*Aún cuando algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos doctores, dispensadores de los misterios y pastores para los demás, existe una igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo. Pues la distinción que el Señor estableció entre los sagrados ministros y el resto de Pueblo de Dios lleva consigo la solidaridad, ya que los pastores y los demás fieles están vinculados entre sí por recíproca necesidad*».

Hace un poco más de 25 años, después de un largo trabajo sinodal, Juan Pablo II publicaba la Exhortación apostólica *Christifideles laici* sobre la vocación y misión de los laicos. Cuando se refiere a ***Vivir el Evangelio sirviendo a la persona y a la sociedad*** (ChL 36) dice que «*acogiendo y anunciando el Evangelio con la fuerza del Espíritu, la Iglesia se constituye en comunidad evangelizada y evangelizadora y, precisamente por esto, se hace sierva de los hombres. En ella los fieles laicos participan en la misión de servir a las personas y a la sociedad. Es cierto que la Iglesia tiene como fin supremo el Reino de Dios, del que «constituye en la tierra el germen e inicio»* (LG 5), y está, por tanto, totalmente consagrada a la glorificación del Padre. Pero el Reino es fuente de plena liberación y de salvación total para los hombres: con éstos, pues, la Iglesia camina y vive, realmente y enteramente solidaria con su historia.

Habiendo recibido el encargo de manifestar al mundo el misterio de Dios que resplandece en Cristo Jesús, al mismo tiempo la *Iglesia revela el hombre al hombre*, le hace conocer el sentido de su existencia, le abre a la entera verdad sobre él y sobre su destino (GS 21). Desde esta perspectiva la Iglesia está llamada, a causa de su misma misión evangelizadora, a servir al hombre. Tal servicio se enraíza primariamente en el hecho prodigioso y sorprendente de que, «con la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre» (Ibíd.)

Por eso el hombre «es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión: él es *la primera vía fundamental de la Iglesia*, vía trazada por el mismo Cristo, vía que inalterablemente pasa a través de la Encarnación y de la Redención» (RH 14). Precisamente en este sentido se había expresado, repetidamente y con singular claridad y fuerza, el Concilio Vaticano II en sus diversos documentos. Volvamos a leer un texto —especialmente clarificador— de la Constitución *Gaudium et Spes*: «*Ciertamente la Iglesia, persiguiendo su propio fin salvífico, no sólo comunica al hombre la vida divina, sino que, en cierto modo, también difunde el reflejo de su luz sobre el universo mundo, sobre todo por el hecho de que sana y eleva la dignidad humana, consolida la cohesión de la sociedad, y llena de más profundo sentido la actividad cotidiana de los hombres. Cree la Iglesia que de esta manera, por medio de sus hijos y por medio de su entera comunidad, puede ofrecer una gran ayuda para hacer más humana la familia de los hombres y su historia*» (GS 40).

En esta contribución a la familia humana de la que es responsable la Iglesia entera, los fieles laicos ocupan un puesto concreto, a causa de su «índole secular», que les compromete, con modos propios e insustituibles, en la animación cristiana del orden temporal». Hasta aquí el texto de la ChL 32. Y en ChL 57, refiriéndose a la presencia pública de la Iglesia como necesidad urgente y exigencia ineludible, se dice que hay que animar la comunión, la corresponsabilidad y la participación de toda la comunidad, de manera que la sociedad pueda percibir la comunidad eclesial como un «sujeto social» (cf. LG 32; RM 71; ChL 36).

## 6. Corresponsabilidad eclesial, lugar teológico

Pienso que podemos entender la **corresponsabilidad eclesial como lugar teológico**, es decir allí donde hacemos experiencia de la comunión con Dios y de la comunión entre nosotros.

En la pastoral, se trata de pasar de ser meros **colaboradores** en actividades eclesiales a ser **corresponsables** en la misión de la Iglesia, asumiendo una responsabilidad compartida. Esta identidad de ser Iglesia corresponsable, vivida en actitud, clima y experiencia de **sinodalidad**, no sólo nos *afecta*, sino que nos *implica*, nos *identifica*, nos *santifica* i nos *proyecta*. *Nos hace misioneros desde la comunión, testigos del Dios uno y trino, plena comunión de Amor*. Pero, sobre todo, nos afecta por la voluntad explícita de Jesús manifestada en su oración de despedida: *«Que todos sean uno, con tu, Padre, estás en mí y yo en ti. Que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tu me has enviado»* (Jn 17,21).

Nos afecta por nuestra unión personal con Cristo. Lo dice el mismo Jesús: *«Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí y yo unido a él, da mucho fruto; pues sin mí nada podéis hacer»* (Jn 15,5)

Nos afecta como cuerpo eclesial, en la interdependencia e intercomunicación que hay entre nosotros en el seno del Pueblo de Dios, unificados por un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre: *«Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros sirven para lo mismo, así también nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo y estamos unidos unos a otros como miembros de un mismo cuerpo. Dios nos ha concedido diferentes dones, conforme a lo que quiso conceder a cada uno. Y si Dios nos ha concedido el don de profecía, hablemos según la fe que tenemos; si nos ha concedido el don de servir a otros, sirvámosles bien. El que haya recibido el don de enseñar, dedíquese a la enseñanza; el que haya recibido el don de animar a otros, dedíquese a animarlos. El que da, hágalo con sencillez; el que ocupa un puesto de responsabilidad, desempeñe su cargo con todo esmero; el que ayuda a los necesitados, hágalo con alegría»* (Rm 12,4-8)

Nos afecta porque queremos hacer realidad la utopía de la primera comunidad cristiana, marcando un cierto estilo de *comunidad alternativa*: *«Los que habían creído estaban muy unidos y compartían sus bienes entre sí; vendían sus propiedades, todo lo que tenían, y repartían el dinero según las necesidades de cada uno. Todos los días se reunían en el templo, y partían el pan en las casas y comían juntos con alegría y*

*sencillez de corazón. Alababan a Dios y eran estimados por todos, y cada día añadía el Señor a la iglesia a los que iba llamando a la salvación» (Ac 2,44-45).*

Nos afecta de forma especial a los pastores entregados a velar por el rebaño: *«Velad por vosotros mismos y por todo el rebaño, del cual el Espíritu os ha hecho responsables para que apacentéis la Iglesia de Dios, que él adquirió con la sangre de su propio Hijo» (Ac 20, 28).* Del discurso de Pablo a los dirigentes de la Iglesia de Éfeso).

Nos afecta directamente a todos los agentes de pastoral en nuestro crecimiento personal como personas y como cristianos encarnados como Jesús en un pueblo concreto y viviendo entre la gente con la conciencia de ser *discípulos misioneros corresponsables de una misma misión, la de «anunciar el reino de Dios y a sanar a los enfermos. Les dijo: –No llevéis nada para el camino: ni bastón ni bolsa ni pan ni dinero ni ropa de repuesto» (Lc 9, 1-3).* Podríamos añadir aquí todo el Evangelio, toda la práctica misionera de la Iglesia primitiva y toda la herencia testimonial de más de veinte siglos de vida y transmisión de la fe, con todas sus luces y sombras.

La corresponsabilidad nos configura y nos identifica. A todo cristiano se le plantea el reto de hacer realidad en su vida aquello que ya es por el sacramento del bautismo que ha recibido y le ha integrado corresponsablemente el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Nuestra existencia personal y comunitaria puede llegar a ser «lugar» en el cual Dios se revela y actúa.

Es la base de la *caridad pastoral*, que nos identifica siempre, a ejemplo de Jesús, buen Pastor (cf. *Jn 10*), y de ahí, la caridad social, la caridad familiar, económica y social. He ahí los frutos de una espiritualidad que ha de estar en la base de la corresponsabilidad social.

La palabra «**corresponsabilidad**» nos afecta en función de la existencia cristiana que compartimos con todos los bautizados y con la misión que a cada uno se le ha confiado. Un sol Señor, una sola fe, un sol bautismo, un sol Dios y Padre. La palabra «**corresponsabilidad**» en tanto que eclesial es objeto de reflexión: ser corresponsable significa «*responder con otros*» a una llamada o pregunta, es comprometerse, sensibilizarse, implicarse mutuamente. Hay una iniciativa que es «*co-respuesta*» en la solidaridad, en la preocupación por el conjunto, por la comunidad en la cual se ha nacido a la fe y se vive.

Esta «*co-respuesta*» de la comunidad cristiana es la respuesta del grupo de creyentes al Dios-Amor, comunión trinitaria. Respondemos «amando». Este es el estilo propio de la espiritualidad eclesial concretada en la Iglesia particular que estamos llamados a vivir en su concreción para que realmente se dé la experiencia de una Iglesia servicial y corresponsable. Lo hacemos todo «*en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*». Es importante que tomemos conciencia de esta declaración trinitaria y de la manera como implica y da un sentido único a nuestro trabajo pastoral, realizado en la plena comunión con Dios y entre nosotros.

La expresión «**lugar teológico**» aplicado a la corresponsabilidad eclesial da fuerza y contenido a la respuesta compartida que damos a la llamada y misión de *bautizados, confirmados y ordenados*. Es el «lugar» (espacio, persona, comunidad...)

en el cual Dios se hace presente, se da a conocer y realiza su plan de salvación: «**Allí donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos**». Presencia asegurada que genera compañía y confianza.

Hablar así de la «**corresponsabilidad eclesial**» significa que en este ejercicio se encuentra Dios y lo hacemos presente. Dios como fundamento de nuestra vida, de nuestro ser y de nuestro estar en el mundo. Es precisamente este *ser* y este *estar* lo que el mundo percibe de los cristianos. No sólo nos ha de preocupar nuestra coherencia personal, sino también la imagen corporativa que damos. Es el *testimonio* lo que realmente nos hace creíbles.

En el ejercicio de la «**corresponsabilidad**» se ponen en movimiento la *diversidad de carismas en función de la unidad*, puestos al servicio de la causa del Evangelio «**para que el mundo crea**», tal como reza Jesús en su oración sacerdotal. El término, por tanto, es la «**evangelización**». Ésta sólo es posible cuando la «corresponsabilidad» es respuesta al Déu-Amor y es propuesta de amor, propuesta evangélica, tal como nos lo ha encomendado Jesús.

La corresponsabilidad es síntoma de madurez. Bruno Forte, refiriéndose a la unidad en la Iglesia-comunión y hablando del binomio carisma-institución, hace una interesante reflexión sobre el proceso de discernimiento y de coordinación de los dones recibidos y de los servicios en la comunión y dice que este proceso «*requiere un clima de diálogo y escucha mutua, en el que a cada uno se le conceda expresarse y ser acogido según sus capacidades y necesidades, para poder crecer en la comunidad hasta identificar la misión propia, como carisma recibido del Espíritu, que hay que vivir al servicio de los hermanos*». Dirá que es precisamente en este *itinerario* como se va construyendo el «**cristiano adulto**», el cual, mediante una maduración progresiva en la vida teologal, vivida en la comunión eclesial, ha podido discernir el don recibido y, con la garantía del ministerio de la unidad, lo vive poniéndolo a disposición de los demás.

La **corresponsabilidad eclesial** compete a todos, no sólo al ministerio ordenado. Todos tenemos en la Iglesia la **obligación** de contribuir al crecimiento de los demás, es decir, al discernimiento de sus carismas y a su ejercicio para el bien de todos; en este sentido, **toda la comunidad eclesial está al servicio de la comunión**.

Con ello, llegamos a una afirmación importante: **la corresponsabilidad es el estilo propio de la vida de la Iglesia comunión**. Cada uno está llamado a cargar con el peso de los demás (cf. *Ga*), a vivir la solidaridad en la fraternidad humana y en la gracia, a dar gratuitamente aquello que gratuitamente ha recibido. La participación activa de todo bautizado en la definición y realización de las opciones pastorales, así como en el reconocimiento de los carismas de los individuos y en su armonización dentro del conjunto del Pueblo de Dios, es la **condición** para que no falle la autenticidad y la fecundidad de las estructuras (consejos pastorales, asambleas o formas asociadas de acción y de servicio de la caridad, etc.).

Está, además, la realidad de una **solidaridad fundante** (en el misterio de Dios-Amor y en el misterio del hombre llamado a esta plenitud). La reflexión sobre la “corresponsabilidad” dentro de la Iglesia quiere contemplarla como lugar de la

revelación y de la presencia del Dios Trinidad, y como propuesta de unidad, de armonía, de comunión, enfrente de cualquier brote de *totalitarismo*.

El **trabajo pastoral**, cuando se vive y se da a conocer dentro de este marco de corresponsabilidad, fruto de la comunión, es ***fuerza de evangelización***. Siempre el trabajo pastoral tiene una dirección definida que conlleva unos retos, y hemos de saberlo para no ir engañados. Hay que salir juntos, -dice el Papa Francisco- siempre con conciencia solidaria a ***ofrecer a todos los vida de Jesucristo***.

*«Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37)».*

El **Concilio Vaticano II**, en LG 32, refiriéndose a la dignidad de los laicos en tanto que miembros del Pueblo de Dios, habla de la ***variedad admirable*** con la que Dios ha organizado y guía la Iglesia. Desde esta variedad, aceptada positivamente porque es enriquecedora para todo el conjunto, señala la profunda comunión con que ha de vivirse.

El texto conciliar cita **Rm 12,4-5**, texto clave para entender la mutua implicación de los miembros de un mismo cuerpo: ***«Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros sirven para lo mismo, así también nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo y estamos unidos unos a otros como miembros de un mismo cuerpo»***. Implicación mutua que tiene aún un fundamento más consistente: ***«Ya no tiene importancia el ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer; porque unidos a Cristo Jesús, todos sois uno solo»*** (Ga 3,28; cf. Co 3,11).

El **papa Francisco**, en la EG ordena su enseñanza pastoral en *cinco capítulos*.

- El *primero*, ***«La transformación misionera de la Iglesia»*** despliega su eclesiología, ilumina las reformas en curso a partir del anuncio del amor salvífico de Dios, y propone revisar las conductas y estructuras para que *«la frescura original del Evangelio»* (EG 19) y su «núcleo central» (EG 34) lleguen a todos (EG 19-49).
- El *segundo*, ***«En la crisis del compromiso comunitario»***, hace un discernimiento profético de los signos de este tiempo que dificultan la justicia y provocan la exclusión social, y discierne las tentaciones que afectan el fervor apostólico en la Iglesia (EG 50-109).



- El *tercero*, analiza el núcleo del tema, «El anuncio del Evangelio», centrándose en el sujeto eclesial, todo el Pueblo de Dios, y en algunas formas de proclamación del Kerigma: la vivencia de la piedad popular, la conversación personal, la predicación homilética, la catequesis mistagógica, el acompañamiento pastoral (EG 110-175).
- El *cuarto*, «La dimensión social de la evangelización», considera los nexos entre el anuncio evangelizador y el compromiso social desde la dignidad de la persona y la promoción del bien común, concentrándose en la inclusión de los pobres y el diálogo por la paz (EG 176-258).
- El *quinto*, «Evangelizadores con espíritu» expone cuatro motivos de una mística de la evangelización capaz de animar la misión de todos los bautizados y bautizadas (EG 259-288). La dinámica del texto de la EG expone la mutua implicación entre la teología, la pastoral y la espiritualidad.

## 7. La responsabilidad de los laicos, identidad y misión

Importante y motivo de **conversión pastoral**: no conceder, sino reconocer la **responsabilidad de los laicos** y **educarnos todos en la corresponsabilidad** y, desde ahí, una **Iglesia que es consciente de su identidad y misión**.

Centrándonos en el pensamiento conciliar sobre la Iglesia, al final de LG 37 dice que «*los pastores reconocerán y promoverán la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia*» i lo concreta en unos puntos que son llamada hacia la corresponsabilidad sobre la que estamos reflexionando y sigue diciendo: «*y se servirán con gusto de su prudente consejo, les encomendarán con confianza obligaciones para el servicio de la Iglesia y les darán libertad y espacio de actuación, más aún, les animarán a emprender actividades también por su propia iniciativa. Con amor paternal, estudiarán atentamente delante de Cristo las iniciativas, las necesidades y los deseos que los laicos proponen (Cf. 1Te 5,19 i 1Jn 4,1). Los pastores reconocerán respetuosamente aquella justa libertad que a todos nos corresponde en la sociedad terrena*».

Esto se dijo hace 50 años. Camino recorrido y mucho camino por recorrer. Sin embargo, también mucha asignatura pendiente para ir configurando letra, estilo y espíritu del Concilio Vaticano II, en el espíritu y la letra de la *Lumen gentium*, y más aún respecto al cambio que propone el **papa Francisco** con su magisterio, gestos y coherencia personal (de proponer una Iglesia pobre y para los pobres). Si el reconocimiento de la dignidad de cada bautizado y de todo hombre y mujer de buena voluntad, no es posible soñar la corresponsabilidad en la Iglesia para el servicio evangélico de la humanidad. La corresponsabilidad nunca es fruto de la necesidad, sino de la misma existencia cristiana. No podemos pensar que a los laicos hay que darles paso o ofrecerles tareas pastorales porque hay falta de pastores, si es así es que no hemos reconocido ni su vocación ni su misión.

Una **Iglesia corresponsable** sólo es posible desde este reconocimiento, signo de la necesaria madurez que nos ha de caracterizar a todos. Creo que en infinidad de ocasiones y a lo largo de todo este primer año y pocos meses de pontificado el **Papa Francisco** nos está insistiendo en esta dirección netamente pastoral. En este sentido, el Concilio, ya insistía en el *trato familiar entre laicos y pastores, ya que así se fortalece*

*en los laicos el sentido de la propia responsabilidad, se fomenta la disponibilidad y de da un mutuo fortalecimiento. Cuando no se genera confianza todo esto se hace más difícil. Y la Iglesia ha de poder cumplir la misión encomendada por Cristo (LG 37).*

Junto a la corresponsabilidad hay que decir que esta se realiza cuando hay participación tanto en la **Iglesia** como en la **comunidad humana**. Estamos ante un signo visible, realista, tangible y evaluable. El Concilio Vaticano II en GS 31 señala la importancia de la responsabilidad y la participación en todos los ámbitos de la comunidad humana. **La Iglesia no vive para autoreferenciarse** (como ya hemos dicho anteriormente y en palabras del papa Francisco), sino **para el mundo**, precisamente porque a él ha enviado a su Hijo, no para condenarlo, sino para salvarlo.

Por otra parte, no podemos caer en la hipocresía de hablar de la corresponsabilidad dentro de la Iglesia y desentendernos de ejercer esta misma corresponsabilidad en la vida cotidiana. No sería de fiar. Quizá por esto con frecuencia no hemos sido creíbles. Hay una interdependencia entre persona y sociedad (cf. GS 25). Esta interdependencia nos lanza a una responsabilidad compartida para promocionar el bien común (cf. GS 26). Las consecuencias prácticas y urgentes son el respeto a la persona humana en todos sus niveles (cf. GS 27), incluso el respeto y amor a los adversarios (cf. GS 28), el reconocimiento de la igualdad esencial entre los hombres y la justicia social (cf. GS 29) y el esfuerzo por superar una ética individualista que haría que nos desentendiéramos de todos y de todo (cf. GS 30).

La GS, cuando habla sobre *la comunidad humana* acaba con una **llamada a responsabilidad y a la participación**. Dice textualmente: «Hay que estimular la voluntad de todos a aceptar la parte que corresponde a cada uno en las iniciativas comunes» (GS 31).

Entender así la corresponsabilidad también como lugar teológico nos obliga a mirar la sociedad, los hombres y mujeres de nuestro tiempo, con los ojos de la misericordia de Dios y a hacer una nueva lectura de las personas y de la realidad misma desde la fe (la de los limpios de corazón de las bienaventuranzas, la que nos capacita poder ver a Dios) y provocar un nuevo estilo en todo lo que hacemos (siendo misericordiosos como lo es nuestro Padre) y hacer realidad el mandamiento del amor, siempre al estilo de Jesús, de quien ya conocemos sus preferencias: eso tan fácil de entender y que no se presta a interpretaciones.

Quiero terminar con un  **sencillo examen de conciencia**, tanto referido a nuestra vocación de servicio como a nuestro ejercicio de corresponsabilidad: ¿Qué sentido tiene la palabra *nosotros* en nuestro lenguaje habitual? ¿Designa la familia? ¿Sólo la familia? ¿El grupo de amigos? ¿Quizá el partido? ¿Los paisanos? ¿A todos? ¿Cómo realizamos el proceso de ampliación del concepto «*nosotros*»? ¿A través de una serie de círculos concéntricos, cuyo centro sería mi persona?

He ahí una sugerencia positiva: Que bien si imagináramos el paso del «yo» al «*nosotros*», y del *nosotros* al «*todos*», no tanto com una serie de círculos en torno al yo entronizado, sino como una serie armónica de círculos *policéntricos*, en los cuales se reconocen las diferencias de procedencia, de acentos, de matices diversos. Entonces aparecería la multitud de hombres y mujeres libres e iguales, en un atmósfera llena del gozo del Espíritu del Padre de todos que nos ha dado Jesús y que los reúne en comunión

de conocimiento, de afecto y vida –sin uniformar-los- a los hermanos libres y diferentes (cf. Josep M<sup>a</sup> Rovira Bellosó, *Vivir en comunión*, p. 100-101)

Personalmente quiero añadir: *¿no es quizá en este momento cuando podemos tomar la decisión de rezar el Padrenuestro con la mayor sinceridad, confianza y arrepentimiento del mundo?* Ciertamente, entre el *ya* y el *todavía no* hay el camino fascinante de ser **corresponsables en la comunión** que estamos construyendo y viviendo en esta nueva etapa de la Iglesia que el Señor nos está regalando con el Papa Francisco. No sólo por gusto por las cosas de Dios y el gozo que supone, sino «*para que el mundo crea*» (Jn 17), ya que éste es el reto de la evangelización en todos los tiempos, la llamada de fondo a nuestra **conversión personal y pastoral**, la bienaventuranza (la felicidad) que da ser testigos del Amor del *Padre*, manifestado en su *Hijo* Jesús y hecho participación en el *Espíritu*, cuando nos ha llamado a ser incondicionalmente Iglesia que sirve y es corresponsable en la **edificación del Reino de Dios**. Creedme, siendo siervos inútiles, creo que ya no se nos puede confiar algo más grande.

Conviene que nos preguntemos:

- ¿Con quién rezamos sinceramente y confiadamente el «Padrenuestro»?
- ¿Con quién deseamos ardientemente rezarlo? ¡Recémoslo juntos!

Somos conscientes de que en esta forma de rezar, que es una forma de vivir desde Jesucristo, hay una «*tensión pascual*» que nos mantiene en vela, despiertos, atentos, y hace que la nuestra **corresponsabilidad** sea espacio, lugar de encuentro con Dios y entre nosotros: la única felicidad que el hombre puede anhelar porque es signo, vehículo y fuente de **comunión**.

Pozuelo de Alarcón (Madrid)  
24 de mayo de 2014